

## INTRODUCCIÓN

### ✦ BATALLA DEL 5 DE MAYO DE 1862

Uno de los sucesos épicos más interesantes de nuestra historia es sin duda alguna la derrota del ejército de Napoleón III por las tropas mexicanas, las cuales eran dirigidas por el insigne general en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, general Ignacio Zaragoza, y secundadas por los generales Miguel Negrete, Felipe B. Berriozábal, Porfirio Díaz, Ignacio Mejía, Francisco Lamadrid y Antonio Álvarez, entre otros.

El Partido Monarquista o Conservador subsistió en México durante gran parte del siglo XIX, debido a que las instituciones republicanas no llegaban aún a asentarse con firmeza en el país. Los miembros del partido pertenecían principalmente a las clases altas, las cuales habían perdido parte de los privilegios que les brindaba la Corona; y también a otras clases menos egoístas que señalaban como causantes del desorden del país y las luchas internas que se habían desatado, a la adopción del régimen republicano. Lo cierto es que el pueblo mexicano no estaba capacitado para gobernarse en los primeros días de su Independencia.

El licenciado José Ma. Gutiérrez Estrada, diplomático y político mexicano, fue uno de los más destacados partidarios de la monarquía. En 1840 publicó una carta en la que abogaba por sus ideas, lo cual causó tal indignación en los círculos oficiales, que obligó a su autor a salir de la República. Radicado en Europa, fue varias veces ministro de gobiernos conservadores, y aprovechó toda ocasión favorable para continuar sus esfuerzos a favor del establecimiento de un régimen monárquico en México, bajo la Corona de

un príncipe europeo; fue comisionado para tal encargo por Santa Anna en 1853, y por recomendaciones de Miramón y Zuloaga, en 1861. En 1863 encabezó la comisión que ofreció a Maximiliano de Habsburgo en el castillo de Miramar el trono de México a petición de los monarquistas mexicanos.

El partido monárquico envió en 1856 a dos agentes de su confianza, para que ofrecieran el trono de México al duque de Montpensier, hijo menor del rey de Francia, quien, sin rechazar la oferta, contestó con alguna reserva; y Zuloaga, encumbrado al poder en 1858, pidió oficialmente a varios Estados de Europa, que intervinieran en nuestros asuntos, súplica secundada activamente por el general Almonte, quien representaba en París al gobierno conservador. Aunque entonces no se habló de cambio en la Constitución Política de la República, tal petición acrecentó las intenciones intervencionistas de algunas naciones del viejo mundo.

La debilidad de la República mexicana, empobrecida y desangrada por interminables guerras civiles, así como la fama de sus grandes riquezas, le atrajeron desde su Independencia las miradas de codiciosos e intrigantes personajes extranjeros, así como de gobiernos poco escrupulosos. España anhelaba adueñarse de su antigua colonia; los Estados Unidos deseaban proseguir su expansión territorial a costa de México; y en Francia e Inglaterra, a pesar de la doctrina Monroe, se pensó repetidas veces en intervenciones armadas, que logran pingües beneficios de orden económico, y aun se intentó realizarlas durante la primera mitad del siglo XIX.

Las leyes promulgadas por Ignacio Comonfort marcaron sólo el principio de la reforma en México, pues la falta de entereza de este presidente impidió que se realizara un nuevo orden social, necesario desde hacía tiempo, y que trataba de establecerse desde la Constitución de 1857. La separación del Estado y de la Iglesia y la disminución del casi ilimitado poder de ésta; la prohibición del trabajo forzado y la leva; de la adquisición de bienes, a las comunidades religiosas; de los votos monásticos, las alcabalas y los monopolios; prescripciones que intentaban desterrar los abusos existentes desde hacía tres siglos, motivaron la sangrienta Guerra de Reforma, que tuvo lugar de 1855 a 1860; lo anterior aumentó

el odio del partido conservador al partido liberal. Años después, con la serie de disposiciones dictadas por el gobierno de Benito Juárez en Veracruz, llamadas Leyes de Reforma, estas reformas fueron más radicales que la Constitución de 1857, la complementaban, y su objetivo fundamental fue separar la Iglesia del Estado.

Ignacio Comonfort, dominado por la opinión, cedió a la predicación el apostolado que representaba Miguel Lerdo de Tejada, que a espaldas de su camarilla de gente incrédula y acomodaticia, lanzó su Ley de Desamortización de las Fincas Rústicas y Urbanas de las Corporaciones Civiles y Religiosas de México, expedida el 25 de junio 1856, conocida como “Ley Lerdo”.

El Partido Conservador, sin tomar en cuenta la acción de algunos grupos armados, que dispersos combatían aún contra el gobierno, comprendió su impotencia y redobló los esfuerzos tendientes a buscar aliados de su causa en el continente europeo.

En aquel momento surgió Juárez, el hombre que necesitaba la República para salvarse, por su intachable patriotismo e inquebrantable energía. Fue un gran reformador social y forjador de una nueva patria; supo levantar los ánimos de los mexicanos y sostuvo su gobierno en contra de conservadores y franceses.

La monarquía y la intervención eran la única tabla de salvación del Partido Conservador. La Constitución surgió de entre las sombras. Ignacio Comonfort, deslumbrado con su pujante intransigencia, dejó caer de entre sus manos el lábaro que recogió con resolución inquebrantable Benito Juárez, siguiendo la lucha.

Por otra parte, la Revolución de Ayutla llegó rompiendo las alianzas de los opresores para restituir la libertad a los oprimidos: llegó enérgica como toda revolución, reclamando que fueran satisfechas las necesidades urgentes de los pueblos. Ya no se trataba de grupos que buscaban su escalamiento al poder, ni del soldado sacudiendo a la población y derramando su sangre con sus victorias; era la gran noticia de la democracia y la reforma; eran las ideas regeneradoras del siglo. Los enemigos del progreso se reunieron para señalar las asperezas de Juan Álvarez, las extravagancias de Melchor Ocampo, las blasfemias de Ignacio Ramírez; estaban en contra del presidente Benito Juárez.

La Constitución fue libertadora. Sus autores comenzaban por la reivindicación del hombre, para ungir con la majestad del pueblo al ciudadano. Encerraron en ella los derechos naturales y políticos, secundaron las leyes salvadoras del ejercicio de la libertad, de la respetabilidad de la conciencia y de la igualdad ante el derecho. La Constitución fue condenada y odiada; representaba la ley, el bien común triunfando contra el privilegio, la justicia venciendo al fuero; el trabajo emancipándose del despojo violento; la creencia religiosa independizándose de la compra o venta de lo espiritual, por medio de bienes materiales. Este es el origen del odio a la Constitución de 1857. Sus detractores eran todos aquellos que se quejaban de sus principios.

### JUAREZ.

Sin que lo manche la mundana escoria,  
se eleva altivo, inquebrantable y fuerte,  
impasible y sereno ante la muerte,  
sereno e impassible en la victoria.

No codicia los lauros de la gloria  
ni solicita dones de la suerte,  
y en héroe legendario se convierte  
ante el fallo solemne de la Historia.

Luchador incansable del derecho,  
Jamás penetra en su acerado pecho  
duda fatal o femenino desmayo.

Roca que se alza hasta el cenit ilesa,  
Lo mismo cuando el céfiro la besa  
Que si la hiere el fulgurante rayo!

Enrique GONZÁLEZ MARTÍNEZ

En 1861, la situación de la Hacienda pública se agravaba día a día, porque desde el instante mismo de su regreso a la capital, el gobierno no tuvo un momento de reposo. Por todos los rumbos de la República subsistió un estado de guerra, sostenido por los principales cabecillas de la reacción: Márquez y Vicario, Lozada y Mejía, Cobos y muchos más. La amenaza contra el orden y contra

las instituciones era diaria; y el gobierno se veía en la necesidad de distraer los poquísimos recursos, como eran, para hacer frente a la campaña. Empréstito tras empréstito, eran consumidos por aquella situación de anarquía, fomentada por los residuos de la reacción, que muchas veces contó con el apoyo de los diplomáticos europeos.

El triunfo obtenido por el general Jesús González Ortega en Calpulalpan sobre las fuerzas conservadoras puso fin a la desastrosa lucha civil, conocida en nuestra historia como La Guerra de Tres Años o de Reforma. El presidente Benito Juárez restableció el gobierno que surgió de la revolución de Ayutla. El gobierno de facto, restablecido en la ciudad de México por virtud del Plan de Tacubaya, desapareció con el ejército conservador, que junto con el clero eran su sostén.

Los mexicanos vencidos en la guerra de Reforma conspiraban ante algunos gobiernos extranjeros, principalmente los de Francia y España, que pretendían establecer un trono en nuestra patria para derrocar al gobierno republicano establecido.

Llegó el momento en que la situación se tornó insostenible. En junio de 1861, sucesivamente, fueron sacrificados por los reaccionarios tres prohombres del partido liberal: Melchor Ocampo, aprisionado por Cajiga y fusilado por orden de Márquez; Leandro Valle, sorprendido por las fuerzas del “Tigre de Tacubaya” en el Cerro de las Cruces, victimado inicualemente, y Santos Degollado, caído también en la lucha contra las guerrillas que infestaban el centro de la República y amenazaban a la propia capital.

En junio de 1861, en el programa de gobierno del ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Ma. de Zamacona, leemos:

El gobierno no puede proporcionar la paz, la seguridad y el adelanto a los habitantes de la República, ni guardar en lo futuro fidelidad escrupulosa a sus pactos, si no se le deja respirar por un momento, libre de los gravámenes que la agobian, recoger sus recursos y regularizar esos sacrificios que no ha dejado de hacer nunca, pero que han sido estériles para el país y para sus acreedores por

falta de regularidad. Los acreedores en México vivían bajo un edificio sin cimientos y el gobierno quiere hoy no desalojarlos, pero sí que dejen por unos días expedito el lugar, para consolidar la construcción que amenazaba ruina.

Para realizar este propósito de sanear la hacienda pública se expidió la ley del 17 de julio de 1861, que vendría a ser el pretexto para la intervención tripartita en México.

La ley dispuso en su artículo primero, que todo el producto líquido de las rentas federales, con deducción solo de los gastos de administración, de las oficinas recaudadoras, fuera percibido por el gobierno de la Unión; que quedaran suspensos por el término de dos años todos los pagos, incluso el de las asignaciones destinadas para la deuda contraída en Londres y para las convenciones extranjeras; en su artículo sexto estableció una Junta Superior de Hacienda, con facultades para hacer liquidación de la deuda pública; y, entre otras atribuciones, señalaba en su artículo séptimo, inciso I, la de “liquidar lo que se adeude por la deuda contraída en Londres y por las convenciones extranjeras”.

No se trataba sino de una moratoria de dos años, necesaria para depurar las cuentas, para liquidar la deuda y para que la nación, organizando su sistema hacendario, haciéndose de recursos, estuviera en disposición de hacer frente a sus compromisos.

Ante la ley del 17 de julio de 1861, el ministro francés, M. Du-bois de Saligny, al tiempo de romper las relaciones diplomáticas, exigiendo en su ultimátum la inmediata derogación de la ley, manifestaba a su gobierno: “sólo la fuerza puede obligar a este gobierno a respetar sus compromisos con el nuestro”; a su vez, el ministro inglés, sir Charles Lennox Wyke, limitándose a suspender las relaciones, pero con igual exigencia que el francés, hacía saber a su gobierno que “hay pocas posibilidades de obtener justicia o satisfacciones de un pueblo semejante, a menos de recurrir a la fuerza para exigir lo que hasta ahora la persuasión y las amenazas no han podido conseguir”. Proponía el ministro inglés antes de la moratoria, de acuerdo con la opinión del capitán Aldhan, la ocu-

pación de las aduanas de Veracruz, Tampico y Matamoros en el Atlántico, y de las de Acapulco, Mazatlán, o San Blas, en el Pacífico; reducir las tarifas a todas las importaciones desembarcadas en dichos lugares, y que se les pagara el porcentaje que les pertenecía por derecho y que pensaban nunca cobrarían, debido a la bribonería de las autoridades mexicanas.

En México se ignoraba que los gobiernos europeos fraguaban acciones en su contra; por ello el presidente Juárez, de manera optimista, el 16 de septiembre de 1861, al abrirse las sesiones del Congreso, señaló que se estaba tratando de arreglar la cuestión extranjera con los gobiernos respectivos, que el gobierno de México tenía razones suficientes para creer que se tendría una solución satisfactoria, no sólo porque ninguna de las potencias europeas querría producir dificultades a una nación que después de tantas convulsiones estaba haciendo esfuerzos supremos por consolidar su organización política y su administración, sino también porque el gobierno de la República mexicana estaba concentrando todos sus esfuerzos a fin de que se abreviara lo más posible la suspensión de pagos, a la que sólo por la imperiosa ley de la necesidad estaba sujeta la deuda pública.

Según las cuentas de Manuel Payno, México le debía a las potencias signatarias de la Convención de Londres, \$82.315,447.83: a Inglaterra \$69.994,544.54, a Francia \$2.859,917.00 y a España \$9.460,986.29. He aquí la causa fundamental invocada para la celebración de la Convención de Londres: una deuda total de ochenta y dos millones trescientos quince mil cuatrocientos cuarenta y siete pesos, ochenta y tres centavos, cerca de dieciséis millones de libras esterlinas, poco más de cuatrocientos millones de francos de la época.

Por una parte, Inglaterra no quiso lanzarse sola y comprometerse en una guerra contra México; y por la otra, alarmada por los preparativos que España hacía para enviar una expedición militar a México, se vio obligada a proponer a Francia una acción combinada, para resolver los asuntos mexicanos. Si Inglaterra actuó dolosamente al comprometer a Francia en la aventura, Napoleón III encontró en la proposición inglesa una coyuntura oportuna

para realizar viejos proyectos que, en las circunstancias políticas de 1861, habían adquirido la condición impostergable, y que, no obstante, no se atrevía a acometer solo.

En agosto de 1861, Napoleón III, inspirado por los emigrados mexicanos, acariciaba el sueño de establecer una monarquía en México. Las consultas con la corte de Viena habían empezado. Pero además, con su política europea, el emperador francés tenía al viejo mundo al borde de una guerra, que podía serle fatal, por lo que se vio obligado a abandonar las hostilidades en Italia. En lo interno, la oposición crecía diariamente y amenazaba con una revolución democrática. La intervención americana que podía salvarlo de esos riesgos tentaba grandemente a Napoleón, y las circunstancias críticas de los Estados Unidos le garantizaban cierta impunidad, por lo que la oferta inglesa de una acción combinada le resultaba una grandiosa oportunidad para sus delirios de conquista, el pretexto idóneo para intervenir en México .

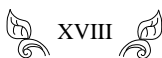
Napoleón III le decía en su famosa carta de instrucciones, del 3 de julio de 1862, al general del cuerpo expedicionario francés en México, Frederic Forey, quien había recibido de su parte poderes políticos y militares absolutos:

Mi querido general:

En los momentos en que vais a partir para México, encargado de los poderes políticos y militares, creo útil daros a conocer mi pensamiento. He aquí la línea de conducta que debéis seguir.

Cuando llegemos a México, será bueno que las personas notables de todos los matices que hayan abrazado nuestra causa, se entiendan con usted para organizar un gobierno provisional. Este gobierno someterá al pueblo mexicano la cuestión del sistema político que deberá establecerse definitivamente; en seguida se convocará una Asamblea según las leyes mexicanas.

El objeto que debe alcanzarse no es imponer a los mexicanos una forma de gobierno que les





sea antipática, sino ayudarle en sus esfuerzos para establecer, según su voluntad, un gobierno que tenga probabilidades de estabilidad, y pue-da asegurar a la Francia la satisfacción de los agravios de que se queja. Por supuesto que si prefieren una monarquía, el interés de la Francia pide se les apoye en esa vía.

No faltará quien os pregunte: ¿por qué vamos a gastar hombres y dinero para fundar un gobierno regular en Mé-xico? En el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de la América no es indiferente a la Europa, porque ella alimenta nuestras fábricas y hace vivir nuestro comercio. Tenemos un interés en que la República de los Estados Unidos sea poderosa y prospere; pero no tenemos ninguno en que se apodere de todo el Golfo de México y desde allí domine las Antillas y la América del Sud, y sea la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo.

Las exigencias de nuestra política, los intereses de nuestra industria y de nuestro comercio, todo nos impone el deber de marchar a México, plantar allí atrevidamente nuestra bandera y establecer una monarquía.

Esta fue la intención de Napoleón III antes y después de la alianza, no solo la de intervenir en los negocios interiores en Mé-xico, sino la de disponer a su arbitrio, ejerciendo lo que en tiempos pasados se llamó “derecho de conquista”.

Por otra parte, España, nación en franca decadencia, pese a sus amagos y amenazas, no se atrevía a emprender la aventura mexicana, por temor a verse envuelta en una doble guerra: en América, con los Estados Unidos y en Europa, con Inglaterra. Después de su reconquista de Santo Domingo, en 1859, sus antiguos delirios de predominio en América habían despertado y se sentía la única “potencia” europea con derecho a intervenir en México.

La formación del instrumento legal duró varios meses. Después de una de las más sordas batallas diplomáticas que recuerde la

historia, del abundante canje de notas, de consultas constantes, en la que cada uno de los gabinetes hizo gala de hipocresía, astucia y mala fe, se firmó, en fin, el 31 de octubre de 1861, la Convención de Londres.

He aquí el contenido de la Convención que dio lugar a la intervención tripartita en México, “una de las mas monstruosas empresas jamás registradas en los anales de la historia internacional”, como la llamara Marx en *The New York Tribune* del 23 de noviembre de 1861.



## LA CONVENCION DE LONDRES

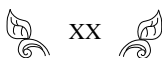
El 31 de octubre de 1861 se firmó en Londres la Convención celebrada entre las tres naciones citadas, documento del que los puntos más importantes son los siguientes:

1o. Las tres potencias se comprometen, inmediatamente después de que sea firmada la convención, a adoptar las medidas necesarias para enviar a México fuerzas de mar y tierra, cuyo conjunto deberá ser suficiente para poder tomar las fortalezas y posiciones del litoral mexicano.

2o. Se autoriza a los comandantes de las fuerzas aliadas para practicar las demás operaciones que se juzguen necesarias para realizar el objeto indicado en la convención, y especialmente para garantizar la seguridad de los residentes extranjeros.

3o. Las altas partes contratantes se comprometen a no buscar para sí ninguna adquisición de territorio ni ventaja alguna particular, y a no ejercer ninguna influencia que pueda afectar el derecho de la nación mexicana de elegir y constituir libremente la forma de su gobierno.

4o. Se nombrará una comisión compuesta de tres representantes de cada una de las potencias



contratantes, facultada para disponer el empleo o distribución de las sumas que se recobren de México.

5o. Sabiendo que los Estados Unidos tienen también reclamaciones que hacer, conviene se les remita copia del documento de la convención, invitando a dicho gobierno a adherirse a ella. Para no retardar la ejecución de las medidas acordadas, en espera de la adhesión de los Estados Unidos, se conviene en no diferir el principio de las operaciones más allá de la época en que puedan estar reunidas las fuerzas combinadas en las cercanías de Veracruz.

En los términos acordados en el tratado, y en especial en lo relativo al solemne compromiso que figura en el párrafo 3o., más allá del cobro de sus créditos y la protección de sus nacionales, vemos también que el gobierno francés, de antemano, tenía firmemente decidido obrar en forma contraria a la convenida en dicho párrafo; selló con su firma tal compromiso, esperando la ocasión oportuna para faltar a su palabra empeñada.

El ministro de Estado de los Estados Unidos, William Seward, hábilmente rehusó la invitación de los coaligados contestándoles que el gobierno norteamericano no consideraba de su incumbencia discutir el derecho de los soberanos europeos a exigir la reparación de los agravios que hubieran recibido de México, y a la vez se abstenía de tomar parte en la expedición proyectada, para seguir la recomendación de George Washington, que les prohibía aliarse con naciones extranjeras, así como porque abrigaba por México, su vecino, una decidida buena voluntad, y “un vivo interés por su seguridad, felicidad y prosperidad”.

Dos fueron los fines perseguidos por la expedición combinada: asegurar las vidas y propiedades de los súbditos ingleses, franceses y españoles residentes en México, y obtener el cumplimiento de los tratados, esto es, el pago de las deudas, suspendido por la ley del 17 de julio de 1861.

En 1861 todavía se juzgaba como legal el cobro de las deudas nacionales, y solo en ese punto, aunque no en el de protección de

súbditos, la Convención de Londres fue un instrumento no reñido con el derecho internacional.

El preámbulo de dicho tratado señalaba el objeto de la expedición: “exigir de esas autoridades una protección más eficaz para las personas y propiedades de sus súbditos, así como el cumplimiento de las obligaciones que la misma República tiene contraídas”. El artículo primero señalaba el medio: enviar a las costas de México fuerzas combinadas de mar y tierra, cuyo conjunto deberá ser suficiente para poder tomar y ocupar las diversas fortalezas y posiciones militares del litoral mexicano.

El gobierno de Juárez dio una contestación exacta. Todos los estados de la República obedecían al gobierno constitucional, no por virtud de la fuerza, sino como “consecuencia de la voluntad general que conquistó la Reforma por medio de la revolución”. El gobierno mexicano estaba dispuesto a entrar en arreglos con todas y cada una de las naciones aliadas, ya que tenía la voluntad y los medios de satisfacer cumplidamente sus justas exigencias. Invitaba el gobierno a los aliados a celebrar conferencias en Orizaba, a fin de concluir los convenios necesarios; pero exigía el reembarco de las tropas extranjeras, con el único objetivo de afianzar la validez de los tratados que se celebraran en Orizaba.

Si bien es cierto que con mucha cautela y con gran tacto diplomático el gobierno mexicano venía impidiendo que se desatara una guerra, ya que en las condiciones de la República podía ser fatal, la respuesta del ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Doblado, fue terminante:

Como ignora el gobierno de la República, cuál puede ser la misión que trae a México a los comisarios de las potencias aliadas, tanto más cuanto que hasta ahora, no han dado más que seguridades amistosas pero vagas, cuyo objeto verdadero no se hace conocer, no puede permitir que avancen las fuerzas invasoras, a menos de que establezcan de un modo claro y preciso, las bases generales que hagan conocer, las intenciones de los aliados, después de lo cual pueden tener lugar

negociaciones ulteriores, con la garantía debida a los importantes intereses que deben discutirse.

Doblado pedía el envío de un comisionado para discutir las bases de las negociaciones, y establecidos dichos preliminares, decía: “podría el gobierno, sin comprometer la independencia nacional, conceder un permiso que ahora se miraría como una traición”.

Fue así como se llevaron a cabo entre México y los países aliados una serie de convenios, que se firmaron en el poblado de La Soledad, Veracruz, el 19 de febrero de 1862, siendo representado México por el ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Doblado, y las fuerzas invasoras, por el representante de la Alianza Tripartita, Juan Prim.

## PRELIMINARES DE LA SOLEDAD

Primero: Supuesto que el gobierno constitucional que actualmente rige en la República Mexicana ha manifestado a los comisarios de las potencias aliadas que no necesita del auxilio que tan benévolamente han ofrecido al pueblo mexicano, pues tiene en sí mismo los elementos de fuerza y de opinión para conservarse contra cualquier revuelta intestina, los aliados entran desde luego al terreno de los tratados para formalizar todas las reclamaciones que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones.

Segundo: Al efecto, y protestando como protestan los representantes de las potencias aliadas, que nada intentan contra la independencia, soberanía e integridad del territorio de la República, se abrirán las negociaciones en Orizaba, a cuya ciudad concurrirán los tres comisarios y dos de los señores ministros, salvo el caso en que, de común acuerdo, se convenga en nombrar representantes delegados por ambas partes..

Tercero: Durante las negociaciones, las fuerzas de las potencias aliadas ocuparán las tres poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, con sus radios naturales.

Cuarto: Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado estos preliminares para procurarse el paso de las posiciones fortificadas que guarnece el ejército mexicano, se estipula que, en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas de los aliados desocuparán las poblaciones antes dichas y volverán a colocarse en la línea que está delante de dichas fortificaciones rumbo a Veracruz, designándose como puntos extremos principales el de Paso Ancho, en el camino de Córdoba y Paso de Ovejas en el de Jalapa.

Quinto: Si llegase el caso desgraciado de romper las negociaciones y retirarse las tropas aliadas de la línea indicada en el artículo precedente, los hospitales que tuvieren los aliados quedarán bajo la salvaguardia de la nación mexicana.

Sexto: El día en que las tropas aliadas emprendan su marcha para ocupar los puntos señalados en el artículo 3o., se enarbolará el pabellón mexicano en la ciudad de Veracruz y en el castillo de San Juan de Ulúa.

La alianza conformada por Inglaterra, Francia y España había firmado un tratado en Londres el 31 de octubre de 1861, relativo a la moratoria de pagos de México. En diciembre de ese mismo año se instalaron en las localidades mexicanas de Orizaba y Jalapa, para invadir el territorio mexicano. Manuel Doblado, ministro de Relaciones Exteriores de México, logró hacer que Juan Prim, representante español y de la Alianza Europea, y lord John Russell, representante de Inglaterra, se retiraran. Pero el representante de Francia, Dubois de Saligny, avanzó hasta Puebla dispuesto a conquistar al país.

Tardíamente, reconoció el ministro inglés, sir Charles Lennox Wyke, en una comunicación a lord John Russell, que Benito Juárez encarnaba:

un principio, por el que el Partido Liberal luchó tres años por sostener; que el Gobierno ofrecía “el mejor criterio de la opinión pública en este desgraciado país”; y que una vez que ese gobierno lograra restablecer el orden y el respeto a la vida y a la propiedad, no tardaría en enderezarse, y su gobierno podría cumplir con todas sus obligaciones, ahorrándose de tal modo una tarea que en otras circunstancias resultaría muy ardua y azarosa sin la presencia de una fuerza armada más considerable de la que tenemos aquí a nuestra disposición.

Lord Russell explicó después, que “habiendo mantenido siempre el gobierno el principio de no intervención, se retiró esa fuerza y se arrió la bandera británica, en virtud de la determinación expresa del almirante la Graviere y M. Dubois de Saligny, de marchar a México con objeto de derrocar al Gobierno del Presidente Juárez”, y conquistar al país.

Evidentemente, las excesivas reclamaciones francesas tenían por objeto hacer imposible todo arreglo con el gobierno mexicano. El propio Dubois de Saligny reconoció ante los comisionados inglés y español, que la suma de doce millones por indemnizaciones había sido fijada caprichosamente, y aun llegó a manifestar que estaba dispuesto a desistir de la reclamación de “Jecker” si sus colegas aceptaban hacer suya la reclamación de doce millones. El ministro de Negocios de Francia, interrogado acerca del monto de las reclamaciones, no vaciló en afirmar que las desconocía, y que su fijación se había dejado en manos de Saligny.

Francia buscaba tener el control absoluto de las aduanas, e intervenir directamente en la política económica de México.

He aquí pues, que tres serias potencias europeas se unen para venir a México a reclamar el pago de las deudas contraídas con ellas; envían escuadras y soldados para realizar esa finalidad; invaden una nación, violando todos los principios del derecho de gentes, y en el momento en que se les solicita que expongan sus reclamaciones, se encuentran no solo con que no están de acuerdo acerca de ellas y que no podían suscribir juntas un pliego de reclamaciones que resultarían ridículas.

Después de los tratados de La Soledad, las fuerzas francesas traspusieron las defensas mexicanas y se situaron en Tehuacán, robustecidas con 3,000 soldados más, al mando de Lorencez. Los comisarios franceses descararon sus intenciones.

El almirante Jurien de la Gravière se atrevió, el 20 de marzo de 1862, a escribir a Juan Prim, representante de la Alianza Tripartita: “No me he engañado ciertamente, cuando he creído que, en la opinión de usted, así como en la del señor Doblado, el Convenio de La Soledad, no era otra cosa que la adopción del principio de la ocupación militar de México por las fuerzas aliadas”.

Con las tropas del conde de Lorencez y bajo la protección del emperador Napoleón III, llegó a México Juan Nepomuceno Almonte, quien no ocultó un solo momento su misión de derrocar al gobierno del presidente Juárez y proclamar en México a Fernando Maximiliano de Habsburgo, con el consentimiento del gobierno francés. Amparado en las bayonetas francesas, se declaró jefe supremo de la República.

El gobierno mexicano protestó contra la admisión de Almonte, y entre las tropas aliadas y los comisionados inglés y español apoyaron la solicitud mexicana de que se reembarcara al indigno hijo de Morelos, que se encontraba fuera de la ley y sujeto a las penas decretadas contra los traidores.

Habiendo llegado el general Lorencez colmado de laureles, debido a los triunfos que había obtenido en Europa, con toda arrogancia manifestó al representante de los aliados, Juan Prim, que estaba decidido a seguir adelante, a llegar hasta el fin que se había propuesto, sucediera lo que sucediera. Dijo, así mismo, que deseaba aprovechar, para alcanzar tal objetivo, la simpatía sincera que parecía que existía en México con respecto de Francia. Por consiguiente, sin renegar de nuestros aliados, sin separar en nada nuestra causa de la suya, insistía en que debía quedar bien establecido ante los ojos del mundo entero que la expedición francesa era una expedición que no estaba bajo las órdenes de nadie. Al mismo tiempo, Dubois de Saligny hacía la afirmación terminante de que



los preliminares de La Soledad no tenían para Francia más valor que el papel en que estaban escritos.

La alianza estaba rota. Los jefes de las fuerzas francesas, dejando a un lado toda reserva, desplegaron su bandera; las tropas que llegaron últimamente a Veracruz acogieron a los emigrados, que venían a conspirar contra el gobierno mexicano constituido y contra el sistema existente; custodiados por las bayonetas francesas, penetraron hasta Córdoba. Se habían tomado graves y trascendentales disposiciones, sin consultar a los plenipotenciarios de España e Inglaterra. Sir Charles Wyke y Juan Prim veían, a todas luces, en la conducta de las fuerzas francesas, un propósito deliberado de atropellar los compromisos contraídos en la Convención de Londres.

El acto final del “sainete” se llevó a cabo en la conferencia celebrada por los comisionados aliados el 9 de abril de 1862 en Orizaba, seis días antes de la fecha señalada para abrir las negociaciones con el gobierno mexicano. Ante la terquedad de los franceses de sostener bajo su protección a los emigrantes monarquistas mexicanos, los comisionados inglés y español declararon rota la alianza y manifestaron su decisión de abandonar México. Después de la agitada sesión, comunicaron al gobierno mexicano que se reintegrarían, conforme a “Los Preliminares de La Soledad”, a las posiciones de tierra y mar, y que cada potencia obraría por su cuenta, en virtud de no haberse podido poner de acuerdo acerca de la interpretación de la Convención de Londres.

Así fue como Francia se quedó sola, para afrontar el ridículo. El ejército más afamado del mundo, se estrelló ante la heroica defensa de Puebla, durante la Batalla del 5 de mayo de 1862, día de gloria, fecha memorable en la que el ejército mexicano derrota al ejército de Napoleón III.

El ministro de Relaciones de México, Manuel Doblado, en su contestación a estas comunicaciones, manifestó el sentimiento del gobierno por lo ocurrido, e hizo saber al delegado español, la dis-

posición de tratar con los gobiernos de la Gran Bretaña y España lo relativo a las reclamaciones justas, y a la reanudación de las relaciones de amistad y de comercio. En cuanto a Francia, añadió que “México defenderá hasta el último extremo su independencia y soberanía, y sin aceptar jamás el papel de agresor, que nunca ha tenido, repelerá la fuerza con la fuerza y defenderá hasta la última gota de sangre las dos grandes conquistas hechas por el País en el siglo: La Independencia y la Reforma”.

Inmediatamente el gobierno de Juárez creó una unidad bélica llamada Ejército de Oriente.

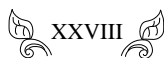
Fue el general José López Uruga, en quien el gobierno se fijó para que tomara el mando de la División de Oriente; pero este general rehuyó al mando, por haberle faltado seguridad para enfrentarse al invasor. El general Ignacio Zaragoza aceptó con todo entusiasmo aquella enorme responsabilidad histórica, asegurando que él iría y triunfaría; este general solo pensó en que un general que vacila ante una situación inminente está derrotado aún antes de ponerse al frente de las tropas. El general Zaragoza es un ejemplo elocuente de lo que significa la fe militar del mando, y se constituyó al frente del Cuerpo de Ejército de Oriente el 20 de febrero de 1862.

### IGNACIO ZARAGOZA.

Fuiste la fe, cuando la fe moría,  
cuando nadie esperaba, tú esperabas,  
y cuando todo en pánico yacía,  
tú, sereno y magnífico te alzabas.

Nuestro hogar defendiste, nuestras leyes,  
y preparaste al porvenir camino,  
tú, plebeyo, más grande que los reyes  
que frente a frente te arrojó el destino.

Ceñido del laurel de la victoria  
bajaste, como sol, a tu occidente  
entre las nubes de oro de la gloria;  
después, abrió sobre tu sacra frente  
sus inmortales páginas la Historia.



Y se inclinaron las triunfales palmas  
sobre la tumba que tu polvo encierra;  
y gimieron los bronces de la guerra,  
y sollozaron trémulas las almas  
y lloró desolada nuestra tierra.

Pero tu sombra elísea se levanta  
de virtud patria sacrosanto templo;  
será ante el porvenir que se adelanta  
culto tu nombre, tu sepulcro templo.

M. SALAZAR MONROY

## EFFECTIVO DEL EJÉRCITO MEXICANO EN ORIENTE

Con fecha 25 de noviembre de 1861 –dato oficial– el efectivo que estaba a las órdenes del general de división, don José López Uruga, en la línea de oriente, estaba integrado por 127 jefes, 725 oficiales, 10,297 individuos de tropa, 921 caballos y 562 acémilas.

La segunda división la comandaba el general Ignacio Zaragoza, siendo comandantes de las brigadas, respectivamente, el coronel Francisco Lamadrid y el coronel Mariano Camacho.

La tercera división a las órdenes del general Ignacio Mejía, teniendo dicho general a la vez el mando de la primera brigada, la segunda brigada tenía por comandante al general Porfirio Díaz. La brigada de caballería a las órdenes del general Antonio Alvarez. Brigada de Morelia, a las órdenes del coronel Antonio Rojo. Brigada del Centro, comandada por el coronel Mariano Cenobio.

El 20 de febrero de 1862 quedó con el mando del Cuerpo de Ejército de Oriente el general Ignacio Zaragoza.

Distribución de las tropas, por el nuevo comando:

Comandante en jefe: general Ignacio Zaragoza.

Primera división: Comandante general Ignacio de la Llave.

Brigadas: 1a. a las órdenes del coronel José María Mora, 2a. teniendo como jefe al coronel Macario Prieto y a las órdenes del coronel Mariano Rojo. Esta división cubría la línea de Jalapa.

Segunda división: Comandante, general Francisco Lamadrid.

Dos brigadas respectivamente a las órdenes de los coroneles Pedro Rioseco y Mariano Camacho.

Esta división estaba adelantada guarneciendo hasta la población de La Soledad.

Tercera división: Comandante general Ignacio Mejía, con dos brigadas a las órdenes, respectivamente, del coronel Antonio Ramírez y del general Porfirio Díaz. Esta división cubría la línea de Potrero a Camarón.

La brigada de México, a las órdenes del general Ignacio Echeagaray, guarnecía la población de Cotaxtla.

La brigada de caballería, al mando de su comandante el general Antonio Álvarez, estaba acantonada en Chalchicomula.

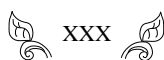
La sección Gálvez, con organización aún más irregular, estaba situada en el Chiquihuite, siendo su jefe el comandante José María Álvarez.

La primera brigada de la primera división quedó reducida a la nada. Cuatrocientos quintales de pólvora que fueron colocados en el patio en que se alojaba la tropa sin vigilancia estricta hicieron explosión y acabaron con los valientes oaxaqueños que habían sido organizados para colaborar en defensa de la patria.

Como resultado de aquella terrible explosión, 1,042 hombres quedaron muertos, y 310 resultaron heridos.

A fines de abril, según un estado de fuerza que inserta en su obra el general Manuel Santibáñez, el Cuerpo de Ejército de Oriente constaba de 9 generales, 166 jefes, 767 oficiales, 8,095 individuos de tropa, 1,482 caballos y 818 acémilas.

Puebla no fue defendida por todo ese efectivo, sino solo por 4,852 hombres. Salta a la vista la reducida proporción de caballería; aproximadamente el 10% de los efectivos totales. Por el te-



reno en que iba a operar el cuerpo de ejército, y la dificultad del enemigo para contar con una caballería numerosa, por razones de transporte o alto costo de adquisición, debió hacerse más fuerte esta arma en la unidad mexicana.

Es de suponerse que una vez ratificados los preliminares de La Soledad, las unidades situadas al oriente (2a. y 3a. divisiones de infantería, brigadas México y sección Gálvez), se hayan trasladado de La Soledad, Camarón, Cotaxtla y Chiquihuite, al occidente de la Sierra Madre Oriental, a fin de cumplir con lo prevenido en ellos, que cedían a las tropas extranjeras las plazas de Orizaba, Córdoba y Tehuacán, con sus radios naturales. Para el mes de abril, el Cuerpo de Ejército de Oriente se hallaba cubriendo la ruta de Jalapa con la división de infantería, y la del Sur, de Orizaba a Puebla, con las restantes unidades.

Para ganar el mayor tiempo posible e impedir que las fuerzas mexicanas organizaran aunque solo fuera ligeramente la plaza de Orizaba, la columna invasora partió de Córdoba en las primeras horas del 19 de abril.

El general Zaragoza había destacado desde el día anterior hacia El Fortín, punto distante unos ocho kilómetros de Córdoba, una corta fuerza de caballería, aproximadamente cuarenta hombres a las órdenes del coronel Félix Díaz, con la misión de vigilar al enemigo e informar sobre sus movimientos. Acertada precaución que le permitiría conocer a tiempo la felonía del general francés. La descubierta de la columna francesa, compuesta por un pelotón de Cazadores de África a caballo, chocó en el camino a Orizaba con la fracción del coronel Díaz, la cual entabló un tiroteo con la unidad adversaria y lo sostuvo hasta que fueron reforzados los cazadores con otro pelotón más. El destacamento mexicano, una vez que hubo adquirido la información que necesitaba, se retiró en buen orden.

Esta corta escaramuza mereció del general Lorencez la calificación de “brillante hecho de armas”, en una proclama dirigida poco después a sus fuerzas, quizá con la intención de elevar su moral, no muy firme, a causa de la traición cometida al convenio de La Soledad.

El 20 de abril entraron las fuerzas invasoras en la plaza de Orizaba, y desde luego, dictó el general Lorencez sus órdenes, para concentrar en ella las unidades con las que se disponía a penetrar al interior del país, las cuales quedaron organizadas del modo siguiente:

1er. Batallón de Cazadores a pie, a las órdenes del comandante Mangin.

99o. Regimiento de Infantería de Línea, compuesto por dos batallones, al mando del coronel L'Heriller.

2o. Regimiento de Zuavos, con dos batallones. Comandante coronel Gambier.

Un escuadrón y un pelotón del 2o. Regimiento de Cazadores de África, al mando del capitán Focault.

Una batería del 9o. Regimiento de Artillería a las órdenes del capitán Bernard.

Una compañía de ingenieros del 2o. Regimiento. Comandante, capitán Barrillon.

Un regimiento de infantería de marina, al mando del coronel Hennique.

Un batallón de fusileros de marina, capitán de fragata Allegre.

Una batería de artillería de marina. Capitán Mallat.

Una batería de puseros de montaña a las órdenes del teniente de navío Bruat.

Una compañía del 3er. Escuadrón del Tren de Equipajes, a cargo del capitán Torracinta.

El coronel Letellier Valaze era el jefe del Estado Mayor del Cuerpo Expedicionario, del que se habían reunido en Orizaba los siguientes efectivos:

233 jefes y oficiales, 6,348 soldados y 903 caballos y acémilas. El material de artillería estaba compuesto por 10 cañones rayados de a 4 y 6 obuseros de montaña.

Además de estos efectivos, una compañía de 990. Regimiento ocupaba el puerto de Veracruz, y dos compañías de infantería de marina con una sección de artillería fueron destinadas para la guarnición de Orizaba.

Las fuerzas conservadoras que alternativamente indecisas y dispuestas a unirse a los franceses se hallaban en su mayor número en las regiones de Atlixco y Matamoros, contaban con unos 3,000 hombres.

En Orizaba permaneció el general Lorencez siete días, que empleó en organizar su unidad, a la que dotó de medios de transporte suficientes para conducir 200,000 raciones de víveres y 400,000 de vino; es decir, para abastecerla durante poco más de un mes. De esta manera eliminaba uno de los principales defectos que había tenido desde un comienzo la organización de sus tropas.

El cuerpo expedicionario, reducido a unos 6,000 hombres por los 500 enfermos encamados en Orizaba, era suficientemente fuerte para conquistar la República, según el orgulloso concepto y los necios prejuicios de su comandante, quien escribió al ministro de Guerra en Francia el 26 de abril: “Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, de organización, de disciplina, moralidad y elevación de sentimientos, que suplico a V. E. se sirva decir a S. M. el Emperador que desde ahora, al frente de sus 6,000 soldados, soy dueño de México”.

El 27 de abril emprendió el cuerpo expedicionario francés la marcha de Orizaba a Acultzingo, ruta que había elegido el general Lorencez por su mayor accesibilidad con respecto a las de Maltrata.

El general Arteaga, cumpliendo órdenes del comandante en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, había tomado posiciones en el anfiteatro que forman los contrafuertes de norte y sur de las grandes cumbres de Acultzingo, y colocado parte de su artillería en El Presidio, pequeña meseta situada al sur del anfiteatro, y sobre la cual existían unas ruinas que sirvieron de parapeto a la infantería encargada de defenderla. El objeto de la resistencia era solo el de permitir al resto de las tropas mexicanas replegarse a

cubierto en la vertiente occidental de la Sierra Madre del Este, y también causar al enemigo el mayor daño posible.

La fuerza del general Arteaga ascendía a 2,000 infantes, 200 dragones y 18 piezas de artillería.

Las tropas invasoras se posesionaron el día 28 a las 9 de la mañana, del pueblo de Acultzingo, y en las primeras horas de la tarde iniciaron la ascensión a las grandes cumbres. Una compañía de zuavos, que marchaba como vanguardia para ganar en la desembocadura de la garganta de Acultzingo una posición que asegurase el paso de la columna, recibió con sorpresa las descargas de la fusilería defensora y a continuación el fuego de la artillería. Advertido el general Lorencez, envió el Primer Batallón de Cazadores montados a rechazar al enemigo, y mantuvo a la mano del 99o. de línea y parte del regimiento de zuavos, con el fin de hacerlos intervenir en caso necesario.

Dos compañías de cazadores fueron lanzadas sobre uno de los contrafuertes, en el que se apoyaba el ala izquierda mexicana, otras dos hacia el sur, y el resto avanzó por el frente, en dirección a la meseta de El Presidio. Las primeras fueron detenidas por un fuego eficaz de la defensa, y las demás se vieron obligadas a progresar lentamente, abrigándose en el terreno. Lorencez empuñó entonces las unidades que le quedaban del regimiento de los zuavos, de las que envió dos compañías a la izquierda mexicana, otras dos a El Presidio y tres más en apoyo de estas últimas. Próxima a ser volteada la derecha de la línea el general Arteaga ordenó que se abandonara El Presidio, y en seguida toda la posición, lo que se cumplió combatiendo por escalones al efectuar el repliegue. Las brigadas del general Díaz, que en Puente Colorado intervino oportunamente, contuvieron durante más de tres horas a las compañías de zuavos más adelantadas, lo cual permitió que no se alterara el orden con que se había llevado a cabo la retirada.

Al siguiente día, el general Lorencez cubrió con un batallón de cazadores a pie, desde Puente Colorado, el desfile de sus tropas a la altiplanicie.



Los franceses arribaron a Amozoc el 4 de mayo. En esta población Lorencez esperó inútilmente las fuerzas reaccionarias que habían prometido incorporarse a las invasoras. Hubo una junta militar, a la que asistieron, además, los generales intervencionistas Almonte y Haro y Tamariz, que aconsejaron a Lorencez que dejara a un lado Puebla y que se dirigiera a la capital, donde según ellos no encontraría menor resistencia.

Cuando el general Lorencez dio a conocer su resolución de marchar sobre Puebla, los mismos generales le aconsejaron que dicha plaza debería ser atacada por el sur, por la huerta del Carmen, la parte opuesta a los cerros fortificados.

Debemos alegrarnos de que el general francés no hubiera escuchado los consejos de los generales Juan Nepomuceno Almonte y Antonio Haro y Tamariz, porque entonces es casi seguro de que los franceses se hubieran apoderado de la plaza.

### *Dispositivo mexicano*

De 9,000 hombres con que contaba el Cuerpo de Ejército de Oriente al finalizar el mes de abril, solo habían de tomar parte en la batalla del 5 de mayo, unos 5,000 formados por las siguientes unidades:

División Negrete: 1,200 hombres; Brigada Berriozábal, Díaz y Lamadrid: 3,102 hombres; Brigada de Caballería del General Alvarez: 500 hombres, que hacían un total de 4,802 hombres, según informara al secretario de Guerra el general Zaragoza.

A los efectivos arriba señalados hay que agregar los que componían el cuartel general, la artillería y las comandancias de esta Arma de Ingenieros, así como la guerrilla Solís, con todos los cuales llegarían a poco más de 5,000 hombres.

Desde el 3 de mayo el general en jefe mexicano hizo notar en una junta de generales que tuvo lugar en Puebla, el corto número de fuerzas que una nación de 8.000,000 de habitantes oponía al invasor; y prescribió a las unidades defensoras morir en sus puestos, si se hacía necesario.

### *Dispositivo francés*

En la madrugada del 5 de mayo el Cuerpo de Expedicionarios salió de Amozoc rumbo a Puebla. Para las 9:00 horas su vanguardia, en la hacienda de Los Álamos, cubría la desembocadura del cañón de Amozoc a fin de permitir a las tropas francesas el acceso al valle de Puebla.

Más por fórmula que para adquirir noticias útiles con objeto de montar el ataque, el general Lorencez ordenó a su jefe de Estado Mayor, coronel Valaze, que efectuara un reconocimiento a las posiciones mexicanas. Este jefe, escoltado por una fracción de cazadores montados, se limitó a hacer un recorrido hacia la hacienda de Rementería, y a observar desde una distancia de dos a tres kilómetros, la organización de la defensa.

De acuerdo con su decisión, cuya base consistía en apoderarse de las posiciones de Loreto y Guadalupe, para asegurar la posesión de la plaza de Puebla, el general francés formó a las 11:30 horas su dispositivo de ataque del modo que a continuación se expresa:

1er. Escalón. dos batallones de zuavos con la batería montada del 9o. Regimiento de Artillería. Esta columna llevaba al frente una sección de ingenieros dotada con explosivos y medios para el escalonamiento de muros.

2o Escalón. El Batallón de Fusileros de la Marina, apoyado por la Batería de Montaña.

Guardaflanco. A la izquierda de estas unidades colocó al 1er. Batallón de Cazadores a Pie, para protegerlas de una posible acción de las fuerzas mexicanas desplegadas al sur de los cerros fortificados.

El Escuadrón de Cazadores de Africa, que después cubriría el flanco derecho del dispositivo, fue situado inicialmente entre los dos escalones de ataque y los trenes.

Reserva. El Regimiento de Infantería de Marina permaneció como reserva, a la mano del general Lorencez.

Escolta de los Trenes. El 99° Regimiento de Línea a proximidad de la garita de Amozoc.

Ambulancias. En las haciendas de Rementería y Los Álamos.

Detalle de la defensa de Puebla, comunicado por el general Zaragoza al ministro de la Guerra

Ejército de Oriente. General en Jefe. – Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las cumbres de Acultzingo, llegué a esta ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar cuenta a Ud. El enemigo me seguía a distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado a retaguardia de aquél la 2a. Brigada de caballería, compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible lo hostilizara, me situé como llevo dicho en Puebla. En el acto dí mis órdenes para poner en un regular estado de defensa los Cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar la fortificación de la plaza que hasta entonces estaba descuidada.

Al amanecer el día 4 ordené al distinguido General C. Miguel Negrete que con la 2a. División de su mando compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña.

El mismo día hice formar de las Brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid tres columnas de ataque, compuestas: la primera, de 1,082 hombres, la segunda de 1,000, y la última de 1,020, toda la infantería, y además una columna de caballería con 550 caballos que mandaba el C. General Antonio Alvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Esas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José, hasta las doce del día, a cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

A las cinco de la mañana del memorable 5 de Mayo, aquellas fuerzas marchaban a la línea de batalla

que había yo determinado y verá Ud. Marcada en el croquis adjunto; ordené al C. comandante general de artillería, Coronel Zeferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola a disposición del C. Comandante Militar del Estado, General Santiago Tapia.

A las diez de la mañana se avistó el enemigo y después del tiempo muy preciso para acampar desprendió sus columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de 4,000 hombres con dos baterías y otra pequeña de mil, amagando nuestro frente. Este ataque, que no había previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando en consecuencia que la Brigada Berriozábal, a paso veloz, reforzara a Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo Carabineros de a caballo, fuera a ocupar la izquierda de aquéllos para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al Batallón Reforma de la Brigada “Lamadrid” para auxiliar los cerros, que a cada momento se comprometían más en su resistencia. Al batallón de Zapadores de la misma brigada, le ordené marchase a ocupar un barrio que está casi a la falda del cerro y llegó tan oportunamente, que evitó la subida a una columna que por allí se dirigía al mismo cerro, trabado combates casi personales. Tres cargas bruscas ejecutaron los franceses y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería situada a la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad, cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga.

Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente.

El General Díaz con dos cuerpos de su brigada, uno de la de Lamadrid, con dos piezas de batalla y

el resto de la de Alvarez, contuvieron y rechazaron a la columna enemiga, que también con arrojo y valentía marchaba sobre nuestras posiciones; ella se replegó hacia la hacienda de San José Rentería, donde también lo habían verificado las rechazadas del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente a defenderse, pues hasta habían claraboyado las fincas; pero yo no podía atacarlos, porque derrotados como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía; por tanto mandé hacer alto al C. General Díaz que con empeño y bizarría los siguió, y me limité a conservar una posición amenazante.

Ambas fuerzas beligerantes estuvieron a la vista, hasta las siete de la noche, que emprendieron los contrarios su retirada, a su campamento de la hacienda de los Alamos, verificándolo poco después la nuestra a su línea.

La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo, y cuya operación duró todo el día siguiente; y aunque no puedo decir el número exacto de las pérdidas de aquél, sí aseguro que pasó de mil hombres entre muertos y heridos y ocho o diez prisioneros.

Por demás me parece recomendar a Ud., el comportamiento de mis valientes compañeros, el hecho glorioso que acaba de tener lugar, patentiza su brío y por sí solo se recomienda.

El ejército francés se ha batido con mucha bizarría; su General en Jefe se ha portado con torpeza en el ataque.

Las armas nacionales, Ciudadano Ministro, se han cubierto de gloria y por ello felicito al primer Magistrado de la República por el digno conducto de Ud., en el concepto de que puedo afirmar con orgullo que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el Ejército mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.

Indicaré a Ud. Por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve la necesidad de mandar a las brigadas O'Haran y Carbajal a batir a los facciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño cuerpo de Ejército de Oriente de una victoria que habría inmortalizado su nombre.

Al rendir el parte de la gloriosa jornada del 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo, en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que a ella concurrieron.

Libertad y Reforma.

Cuartel General en Puebla, a 9 de Mayo de 1862.

ZARAGOZA. C. Ministro de la Guerra.- México.

Con mucha gallardía el general Zaragoza comunica al ministro de Guerra lo siguiente:

Las armas nacionales, C. Ministro, se han cubierto de gloria y por ello felicito al primer Magistrado de la República por el digno conducto de V., en el concepto que puedo afirmar con orgullo que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.

En esta batalla se debe dar crédito al general en jefe mexicano, Ignacio Zaragoza, la acertada elección y acondicionamiento de las fortificaciones de Puebla, con lo cual pudo compensarse el no haber aprovechado debidamente las posiciones de la Sierra Madre Oriental, así como el valor que dio a los principios de la guerra, especialmente los de la economía de las fuerzas, la maniobra, la oportunidad en la acción, la sorpresa y la ofensiva, por la conveniente distribución que hizo de los medios disponibles, sin encerrar en las fortificaciones sino a un reducido número y la constitución de núcleos estratégicos, los cuales fueron situados a los

flancos de la posición que había de defenderse; el debido refuerzo de los puntos comprometidos y la ocultación de una parte de sus fuerzas, que habían de obrar repentinamente, y el desencadenamiento de la carga de caballería y los contraataques de su centro y de la brigada del general Díaz, que apoyó en un comienzo y hubo de detener posteriormente, ante la reorganización de las tropas francesas y el peligro que ofrecía continuar la persecución en el cañón de Amozoc.

Conviene decir que el Cuerpo de Ejército de Oriente, al presentarse los franceses frente a los cerros de Guadalupe y Loreto, en Puebla, se encontraba en un estado lastimoso, a pesar de los repetidos avisos que el general Zaragoza había dado al gobierno. El mismo decía, pocos días antes, en una carta a un amigo suyo:

Con la tenacidad de un limosnero, desde el 8 de Marzo estoy predicando al Gobierno la mala fe de los franceses, la necesidad de que nos preparemos con tiempo y el urgente envío de fuerzas respetables, pero quizás por imposibilidad no se ha atendido, y hoy me encuentro a la vista del enemigo extranjero con un puñado de valientes dignos de mejor suerte; todos desnudos, muertos de hambre y que no será remoto sucumban, aunque fío mucho en su bravura y entusiasmo.

El ejército mexicano fue apoyado por los indios zacapoaxtlas, xochiapulquenses y tetelenses, quienes con lanzas de madera, yelmos para arar la tierra, hachas y picos, derrotaron heroicamente al ejército francés, que era considerado el más importante del orbe.

El general Lorencez, que había dirigido con tino las operaciones de la invasión hasta antes de llegar frente a Puebla, se ciega en la fase final de su progresión a causa de la soberbia en él característica. En el parte de la batalla rendido al ministro de Guerra de Francia, le dice que dicho fuerte sin importancia, según los datos obtenidos, “estaba armado con 10 cañones de a 24, cubiertos por tres líneas de fusilería superpuesta, defendidas por sacos terreros”, y que era sumamente difícil de rendir. Está bien que hubiera considerado la superioridad de sus elementos en lo que concierne a or-

ganización, disciplina, instrucción y calidad del armamento, pero sin llevarla como lo hizo, a un extremo que le sería funesto. Sus demás errores en la preparación y conducción del ataque, tales como la falta de exploración, y reconocimiento minucioso de las líneas mexicanas y de un fuego eficaz de artillería antes del asalto y durante éste y el no haber elegido los lugares más abordables, para lanzarlo, fueron también consecuencia de su excesiva confianza en la victoria.

### CINCO DE MAYO:

Tres eran; mas la Inglaterra  
Volvió a lanzarse a las olas,  
Y las naves españolas  
Tomaron rumbo a su tierra,  
Sólo Francia gritó: ¡Guerra!  
Soñando oh, Patria, en vencerte,  
Y de la infamia y la muerte  
sirviéndose en su provecho  
se alzó erigiendo en derecho  
el derecho del mas fuerte.

Sin ver que en lid tan sangrienta  
Tu brazo era el más pequeño,  
La lid encarnó en su empeño  
La redención de tu afrenta.  
Brotó en luz amarillenta  
la llama de tus cañones,  
y el mundo vio a tus legiones  
entrar al combate rudo,  
Llevando por solo escudo  
Su escudo de corazones.

Y entonces fue cuando al grito  
Lanzado por tu denuedo,  
Tembló la Francia de miedo  
Comprendiendo su delito.  
Cuando a tu aliento infinito  
se oyó la palabra ¡sea!  
Y cuando al ver la pelea  
Terrible y desesperada,



Se alzó en tu mano la espada  
y en tu conciencia la idea.

Desde que ardió en el oriente  
la luz de ese sol eterno  
cuyo rayo puro y tierno  
viene a besarte en la frente,  
tu bandera independiente  
flotaba ya en las montañas  
mientras las huestes extrañas  
alzaban la suya airosa,  
que se agitaba orgullosa  
del brillo de sus hazañas.

Y llegó la hora, y el cielo  
nublado y oscurecido  
desapareció encendido  
como en los pliegues de un velo.  
La muerte tendió su vuelo  
sobre la espantada tierra,  
y entre el francés que se aterra  
el mexicano iracundo,  
se alzó estremeciendo al mundo  
tu inmenso grito de guerra.

Y allí el francés el primero  
de los soldados del orbe,  
el que en sus glorias absorbe  
todas las del mundo entero,  
tres veces pálido y fiero  
se vio a correr obligado,  
frente al pueblo denodado  
que para salvar tu nombre,  
te dio un soldado en cada hombre  
y un héroe en cada soldado.

¡Tres veces! Y cuando hundida  
Sintió su fama guerrera  
contemplando su bandera  
manchada y escarnecida  
la Francia, viendo perdida  
la ilusión de su victoria,

y a despecho de su historia  
y a despecho de su anhelo,  
vio asomar sobre otro cielo  
y en otro mundo la gloria.

Que entre la niebla indecisa  
que sobre el campo flotaba,  
y entre el humo que se alzaba  
bajo el peso de la brisa,  
su más hermosa sonrisa  
fue para tu alma inocente  
su canción más elocuente  
para entonarla a tu huella,  
y su corona más bella  
para ponerla en tu frente.

Sí, Patria, desde ese día,  
tu no eres ya para el mundo  
lo que en su desdén profundo  
la Europa se suponía.

Desde entonces, Patria mía,  
has entrado a una nueva era,  
La era noble y duradera  
de la gloria y del progreso,  
que bajan hoy como un beso  
de amor sobre tu bandera.

Sobre esta insignia bendita  
que hoy viene a cubrir de flores  
la gente que en sus amores  
en torno suyo se agita,  
la que en la dicha infinita  
con que en tu suelo se clava,  
te jura animosa y brava,  
como ante el francés un día,  
morir por ti, Patria mía.  
Primero que verte esclava.

Manuel ACUÑA.

La guerra de México con Francia estalló; fue un detestable hecho a un pueblo libre y democrático. México resistió a la invasión

militar; la Batalla del 5 de Mayo detuvo el avance francés; fue una de esas invasiones que deshonran una causa justa, y completan la infamia de una guerra inicua. Puebla fue heroicamente defendida, la Batalla del 5 de Mayo tuvo gran influencia moral en los mexicanos, ya que los levantó del concepto de abatimiento en que los tenían sus enemigos, al pensar que México estaba hundido.

Por su parte, el general Tomás Segura, al reportar a su superior general, Ignacio Mejía, señala lo siguiente:

Gran honor tengo en poder comunicar que el suscrito fue el primer individuo de este glorioso cuerpo del ejército de Oriente, en hacer frente al enemigo y el primero en repeler su ataque, no impulsado por otra razón, sino por el amor que a todos los buenos mexicanos nos enardece cuando la Madre Patria se encuentra en peligro. Mientras tanto el sexto batallón de la guardia nacional del estado de Puebla supo corresponder a las glorias y distinciones que se le han dispensado, pues con tal bizarría y denodado patriotismo fue el primer cuerpo de guerra del ejército de Oriente, en hacer frente al enemigo que profana la sagrada tierra de libertad llamada México, avanzando al grito horrrisono de ¡Viva la Patria! ¡Viva la Nación Libre! ¡Vivan nuestras montañas! ¡Viva Tetela! ¡Mueran los invasores de la degradada Francia!

La injusta intervención francesa despertó grandes simpatías por la causa de México en toda América, en los sectores liberales europeos y aun entre los mismos franceses.

La soberanía de las naciones, y el derecho de autodeterminación de los pueblos, no son mercancía que pueda repartirse como botín de los poderosos.

La prensa española, inglesa y francesa censuraba a Napoleón III y abogaba por el retiro de las tropas invasoras en México.

Mientras duró el sitio se publicaba allí un periódico, impreso en dos columnas, una en francés y otra en español. Todos los núme-

ros del periódico empezaban por una página sobre Napoleón, El Pequeño, y así los combatientes de Puebla explicaban al ejército del imperio lo que era su emperador. Este periódico contenía el siguiente llamamiento a Victor Hugo: “¿Qué sois?, soldados de un tirano. La mejor Francia está con nosotros: vosotros tenéis a Napoleón y nosotros a Victor Hugo...”. Este respondió lo siguiente:

#### CARTA DE VICTOR HUGO A LOS DEFENSORES DE PUEBLA:

“Teneis razón en creerme con vosotros.

No os hace la guerra Francia; es el imperio. Estoy con vosotros. Vosotros y yo combatimos contra el imperio; vosotros en vuestra patria, yo en el destierro.

Luchad, combatid, sed terribles y, si creéis que mi nombre os puede servir de algo aprovechadle. Apuntad a ese hombre a la cabeza con el proyectil de la libertad.

Hay dos banderas tricolores, la de la República y la del Imperio; no va contra nosotros la primera, sino la segunda. En la primera se lee: Libertad, Igualdad, Fraternidad; en la segunda se lee: Tolón 18 Brumario. 2 diciembre, Tolón.

Oigo el grito con que me llamáis, y quisiera colocarme entre los soldados franceses y entre vosotros, pero solo soy una sombra. Los pobres soldados no tienen la culpa de esta guerra; la sufren lo mismo que vosotros; están condenados al horror de hacerla, desatándola. La ley de la historia debe ser castigar a los generales y absolver a los ejércitos. Los ejércitos son glorias ciegas, son fuerzas a las que se les quita la conciencia: cuando un ejército consigue la opresión de los pueblos comienza por su propia esclavitud; los invasores están encadenados, ellos mismos son los primeros esclavos. Después de un 18 Brumario o un dos de diciembre, un ejército sólo es el espectro de una nación.

Valientes hombres de Méjico, resistid.



La república está con vosotros y hace ondear sobre vuestras cabezas la bandera de Francia con su arco iris y la bandera de América con sus estrellas.

Esperad, vuestra heroica resistencia se apoya en el derecho, y tiene en su favor la certidumbre de la justicia.

El atentado contra la República Mejicana continúa el atentado contra la República francesa. Una emboscada completa la otra. El imperio fracasará en esta tentativa infame, así lo creo, y vosotros venceréis. Pero, ya venzáis o seáis vencidos, la Francia continuará siendo vuestra hermana, hermana de vuestra gloria y de vuestro infortunio; y yo, ya que apelais a mi nombre, os repito que estoy con vosotros: si soís vencedores, os ofrezco mi fraternidad de ciudadano; y si sois vencidos, mi fraternidad de proscripto.

En un comunicado posterior de la gloriosa batalla que fue enviado por la brigada Lamadrid al general Cuartel Maestre se señaló lo siguiente:

Las muchas cruces de la legión de Honor, medallas de Sebastopol, de Magenta, de Solferino y otras condecoraciones francesas, que hoy guardan en sus bolsillos nuestros soldados, prueban al mundo que en esta jornada se portaron como republicanos y dignos hijos de la República Mexicana

El general Felipe B. Berriozábal, en un comunicado al general Ignacio Zaragoza, expresó:

El orgulloso soldado Frances ha sido humillado hoy, aniversario de la muerte de Napoleón I y por primera vez, según los mismos prisioneros han asegurado, se vieron obligados a huir al frente de sus enemigos, llevando su bandera sin la gloria que ha conquistado en mil combates.

El presidente Juárez derrotó al espurio usurpador del trono francés Napoleón III.

No podían faltar en la folletería mexicana los reconocimientos de importantes personajes de la época, para los generales Ignacio Zaragoza, Miguel Negrete, Porfirio Díaz, Felipe B. Berriozábal, Ignacio Mejía; solo por citar algunos, de los que intervinieron en la gloriosa batalla de Puebla, así como también para el propio ejército mexicano y para todos los hombres que lucharon el 5 de mayo de 1862, demostrando al mundo que el pueblo mexicano defiende su soberanía con orgullo y dignidad.

## BIBLIOGRAFÍA

- Torrea, Manuel, *La Batalla del 5 de Mayo*, México, 43 pp.
- Secretaría de Educación Pública, *Guía conmemorativa del centenario de la Batalla del 5 de Mayo de 1862*, México, 1962, 118 pp.
- León Toral, Jesús de, *Intervención francesa en Mexico*, México, Editorial Libros de México, 1962, 300 pp.
- Santos, José E., *La Batalla del 5 de Mayo*, Monterrey, Tip. del Gobierno, 1920, 34 pp.
- Castañeda Batres, Óscar, *La Convención de Londres, 31 de octubre de 1861*, México, Editorial Libros de México, 1962, 76 pp.